

dividual; cuando despertaba la razon, dormida bajo los distingos escolásticos, al libre exámen; cuando decia revolucionariamente que cada hombre era un sacerdote; realizaba una verdadera revolucion humana; y cuando decia que el pueblo estaba cohechado por los tributos pontificios, opreso por la autoridad romana, herido por la cadena de una larga tradicion canónica que le abrumaba horriblemente, Lutero consumaba una revolucion nacional. Para la primera, servíanle la madurez de la razon humana, el desarrollo de la ciencia, el espíritu del Renacimiento, la invencion de la imprenta; para la segunda servíale el estado de Alemania, su temperamento natural, su tradicion histórica, su enemiga implacable á la ciudad de Roma; causas agravadas todas por la inmensa pesadumbre de los tributos y la mezcla informe de absolutismo y de anarquía que dominaba tanto en el Pontificado como en el Imperio.

Tentador para un príncipe jóven como Cárlos, serenar una agitacion tan grande como la agitacion promovida en Alemania por la ardiente palabra de Lutero. Así como todo Papa, no satisfecho con su ministerio espiritual y religioso, tendia necesariamente á inmiscuirse en la autoridad política; todo Emperador, no contento con su autoridad política, tendia necesariamente tambien á inmiscuirse en las cuestiones religiosas. Satisfaccion inenarrable para él conseguir con sus medios puramente temporales, lo que el Papa no consiguiera con sus medios espirituales y divinos; la pacificacion de la conciencia alemana, la tranquilidad moral y material de un numeroso pueblo, el silencio de aquella voz tempestuosa que hacia estallar los corazones en el pecho y en el cerebro las inteligencias, la extension de ese dominio imperial tan abatido hasta esferas donde mil veces se estrellara su fantástica grandeza, la notificacion hecha al Papa por modo indirecto y diplomático de la necesidad que tenia para sostener el poder pontificio de apelar al poder cesáreo: horizontes inmensos, de perspectivas inacabables, todas ellas muy propias á tentar un alma menos ambiciosa que el alma del Emperador Cárlos V. Además, inmediato é incontrastable interés le aguijoneaba. Veía surgir de su feliz eleccion una infeliz rivalidad. Amenazábale Francisco I, codicioso de Nápoles, como él á su vez, codicioso de Milan, amenazaba á Francisco I: que estas magníficas ciudades italianas aparecen perpetuamente en la historia, cual las

pomas de los celos y de las competencias en la antigua Troya, provocando la discordia y la guerra entre los poderosos del mundo. Y si la rivalidad habia de estallar; si los dos grandes reyes habian de combatir á guisa de dos gladiadores; si los pueblos de uno y otro habian de entrar en la sangrienta arena; precisaba que Alemania estuviese tranquila para que no embargaran su atencion ni divirtieran sus fuerzas los dificultosísimos asuntos religiosos. Todo, pues, incitaba fuertemente á Cárlos V, todo, á tomar participacion, y participacion activa, en las procelosas agitaciones luteranas y en los incidentes de aquella aterradora tragedia.

La escuela se divide en sectas; y la asamblea en partidos. La dieta de Worms no podia exentarse de esta ley social tan cumplidera como las leyes naturales. Tres partidos se cuajaron allí, respondiendo á las tres ideas madres, que lógicamente engendraba la revolucion religiosa. Uno de los partidos era el puramente católico, el deseoso de la estabilidad, y que podríamos llamar la extrema derecha de la cámara, capitaneada en lo eclesiástico por el arzobispo Alberto de Maguncia y en lo civil por el duque Jorge de Sajonia; otro de los partidos era el partido esencialmente luterano, al cual podemos llamar la extrema izquierda de la cámara, presidida y encabezada por el elector Federico de Sajonia, alma muy idónea para cultivar una idea naciente con todos los cuidados exigidos por su debilidad, pero alma muy poco idónea para dirigir esa misma idea en las horas solemnes de los combates tremendos, porque le faltaban la fe y la resolucion; y entre estos dos partidos se encontraba el centro, dirigido por el franciscano Glapion, y que tenia mucho de ambos, ortodoxo, conservador, pontificio, como el partido de la derecha, quitándole, por ende, la razon á Lutero en lo dogmático y canónico, y dándosela en lo político y económico; por lo cual tendia á una conciliacion entre los extremos y resultaba de esta suerte un verdadero centro en aquella extraña é importantísima asamblea, que, teniendo ya mucho de Congreso, iba bien pronto á tener tambien mucho de Concilio.

Glapion, ó sea el jefe del centro, incitaba al elector Federico, ó sea el jefe de la izquierda, á persuadir á Lutero, ó bien á que se presentase en Roma ó bien á que se presentase en Worms. A este fin rogábale que eligiera una compañía de sabios, constituida en una especie de tribunal, bastante autori-

zado para expedir resuelta, inapelable y obedecida sentencia. Federico, amante de las letras, incapaz de movimiento y de acción, dado á una tranquilidad que no queria ver perturbada por ningun accidente, comprendiendo los innumerables quehaceres que podría traerle sin remedio la presencia del doctor en la Asamblea, ya bastante molesta, opuso negativa tenaz á todas estas proposiciones, encerrándose, como en inexpugnable fortaleza, en la excusa de que no tenia á su merced y á su disposición los necesarios teólogos, por no haberlos traído de aquel semillero de teología, denominado la Universidad de Witemberg, que fundó con tanto celo y conservaba con tanta satisfacción. Pero la inmensa dificultad estaba en que no habia medio de cerrar los ojos á la luz, dejando de ver cómo las Universidades se agitaban, cómo los monasterios se convertían á una en asilo de las nuevas ideas, cómo las Academias luchaban dentro de sí mismas y se dividían hondamente en partidos irreconciliables, cómo los estudiantes después de agotar las argumentaciones iban á las manos, cómo el arte personificado en Cranac fomentaba la revolución, cómo la prensa movida por Lufft llovía el incandescente fuego de las nuevas ideas sobre todas las sienas, ceñidas de aureolas relampagueantes, cómo el huracán soplaba desde Alemania en los Países Bajos, desde los Países Bajos en Francia é Inglaterra, llevando sus ráfagas hasta el pueblo italiano, el sacerdote, y el pueblo español, el custodio y el guerrero de la cristiandad. Todo político previsor necesitaba atender á este grande movimiento y acudir con el oportuno remedio.

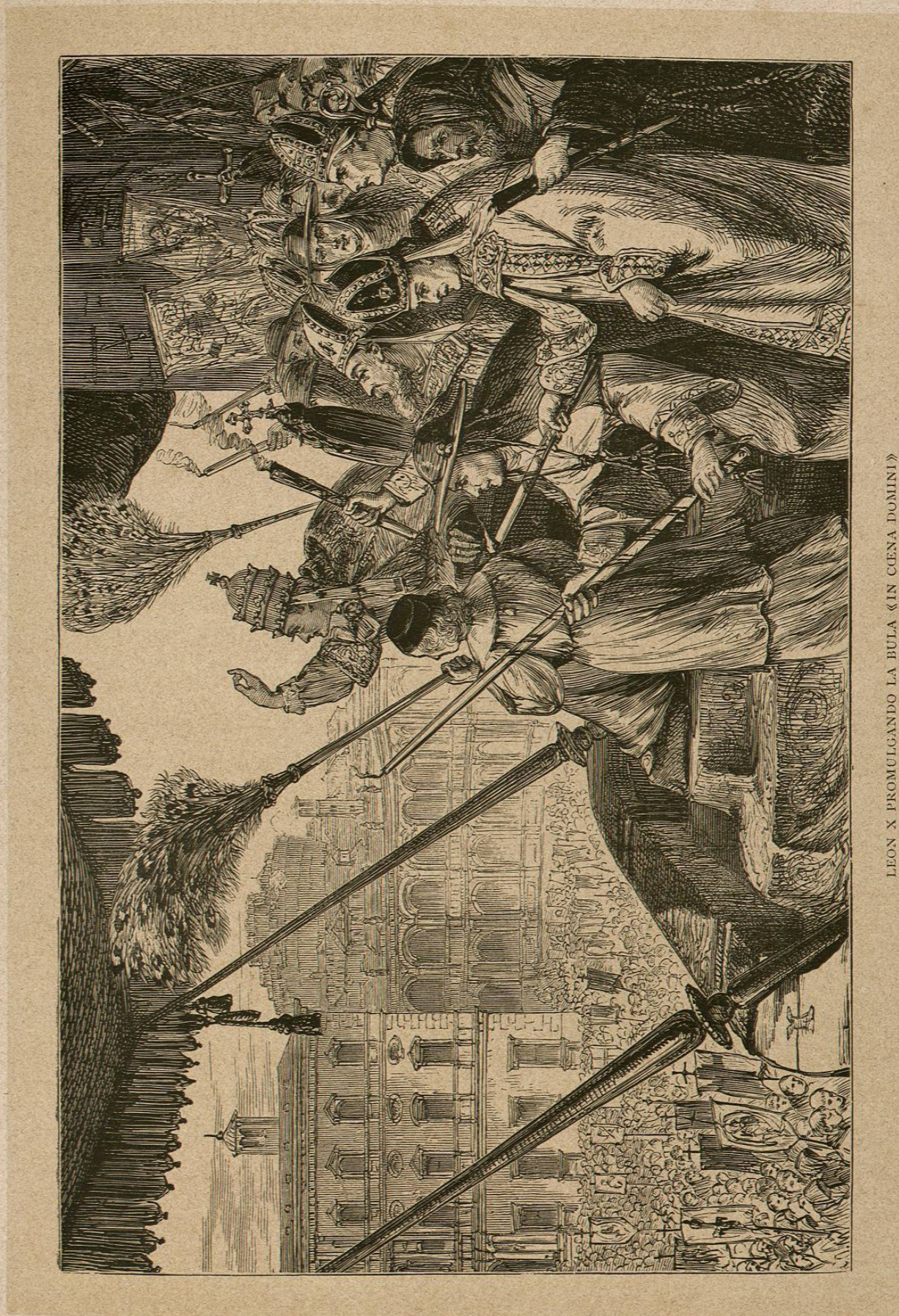
Si otro no suscitara en la Dieta la gran cuestión, suscítala aquel á quien más interesara, el Papa, por medio de su Nuncio, Aleandro. Poca fortuna en verdad tuvo Roma con los dos Nuncios enviados para aplacar á Lutero, asaz conciliador el uno y el otro asaz intransigente. Aleandro pertenecía de origen á nobilísima familia, de educación al Renacimiento, de oficio á las letras, en las cuales aparecía gran maestro como sabedor profundo del griego, del latín y del hebreo; verdadero hijo de su siglo, que justa en Academias literarias hechas verdaderos torneos, que lleva el título de embajador pontificio á los veinticuatro años, que ayuda al inmortal Aldo Manucio en su impresión perfecta de Homero, que aparece por las calles de Venecia sobre las góndolas por los canaletos ó bajo las sedosas velas por el muelle de los esclavones ó

por las encrucijadas del Rialto un piloto portador de los antiguos tesoros artísticos, que de parte con toda aquella legión de sabios, los cuales parecen otros tantos magos resucitando con sus filtros y con sus conjuros la muerte antigüedad, que merecía explicar en la Sorbona por las mañanas á Demóstenes y por las tardes á Cicerón, que pasa de París á Lieja, de Lieja á Roma, de Roma á Worms, semejándose unas veces al israelita bajo su tienda del desierto, otras veces al heleno en la Agora, ya al orador romano, ya al sacerdote católico; deseoso siempre de salvar el santuario de los Papas á fin de salvar con él también el asilo último del arte y la poesía. Y tal hombre, ceñido de todos estos laureles, ducho en la diplomacia, maestro en tantas lenguas, sabio en tantas ciencias, no estuvo, no, en la dieta de Worms á la altura de su renombre, porque en largo discurso de tres horas, si bien apareció fino, delicado y algunas veces mordaz, empleó metáforas de mal gusto cuyo sobrado artificio contrastaba con la sublime naturalidad de Lutero, y cayó en la torpeza de decir, cuando nadie de ello le acusaba, que no iba allí á pedir la vida del monje, demostrando de esta suerte cómo lo iniciado en un debate podía terminar en un suplicio.

El punto capitalísimo de la arenga de Aleandro estaba escogido con verdadera habilidad. Conociendo á maravilla la naturaleza de su auditorio, en cuyo monton pululaban los herejes incipientes, no quería, no, dirigirse á las tesis luteranas más directamente enemigas de Roma, sino á todas aquellas que podían dañar al fondo comun de ideas religiosas existente en la conciencia universal de todo el género humano y en la conciencia particular de todo príncipe perteneciente á la fe cristiana, fuese cualquiera su secta. Divertía, pues, la atención de la «Cautividad de Babilonia,» el folleto de guerra; y del dictado de Antecristo atribuido al Papa, la palabra de muerte; y fijábala en los dogmas, que podían herir todas las conciencias y que podían perturbar á todas las Iglesias, mostrando cómo Lutero negaba la necesidad de las obras para la salvación de las almas, la libertad del hombre para la conducción de la vida, la eficacia de los sacramentos para la paz de las conciencias, la virtud del sacerdocio canónico para la autoridad de los eclesiásticos, la obligación de curar las enfermedades del cuerpo por ser castigo enviado de Dios mismo, todas las ideas luteranas un poco fantaseadas en la imaginación y encendidas

en las pasiones del sacro y augusto orador, que hablaba por la Santa Sede de Roma en medio de una hostil asamblea de Germania. Despues de esto se detiene y se pregunta á sí mismo directamente, para preguntarlo indirectamente á los poderes públicos, cuál es el remedio eficaz y oportuno, demandado por lo supremo de las circunstancias; y no encuentra otro, sino el que mas podia halagar al Emperador Cárlos V, no encuentra otro sino el remedio contenido en un rescripto del César, abierta y declaradamente condenatorio de la doctrina y de la conducta del monje. Al apelar á este remedio, dígase lo que se quiera, cedía la Iglesia una parte de su autoridad al Imperio. Condenadas las proposiciones de Lutero por bula del Papa, no habian menester ciertamente de ninguna otra condenacion. Bastábales para aparecer como errores ante la conciencia de los fieles que de erróneas las hubiera calificado el pastor de los pastores. Pedir que un rescripto del César corroborara una bula del Pontífice, equivalia en el fondo y en la forma de seguro á una abdicacion vergonzosa; y si no era esto, era algo, no menos grave, pedir los ministros de la autoridad política, los ejércitos de la fuerza militar, los verdugos en todas sus jerarquías, los potros y los tormentos, los suplicios y las hogueras, para acabar con un pensamiento, que trasformándose en varias manifestaciones, tenia la misma perennidad de la Iglesia y pasaba entre las espadas sin herirse, entre las horcas sin ahogarse, entre los suplicios sin perderse, entre las hogueras sin consumirse; inmaterial é incoercible como el espíritu humano en su esencia.

Además de esto defendía, si bien por incidencia, y como de pasada, la autoridad suprema de los Papas, diciendo cual argumento de los argumentos, que ni el Concilio mismo podia congregarse sin la convocatoria expresa del Obispo entre los obispos, del romano Pontífice. Y á la tésis luterana de que la perfeccion se encontraba en lo pasado, en el tiempo evangélico, y de que la Iglesia prescindia en las primeras edades suyas, de toda autoridad pontificia, contestaba que los hombres tambien se vistieron de hojas y se alimentaron de bellotas, que los reyes carecieron de corte y de escolta, que las hijas de los príncipes lavaron ropa en los arroyos y trajeron cántaros de las fuentes. No acabaríamos nunca, si hubiéramos de citar todas las respuestas dadas en tres largas horas por Alejandro á los múltiples argumentos de Lutero. Si el



LEON X PROMULGANDO LA BULA «IN CENA DOMINI»